

Miguel LEÓN-PORTILLA: *Trece poetas del mundo azteca*. México, UNAM, 1967. (Instituto de Investigaciones Históricas. Series de Cultura Náhuatl, Monografías, 11).

Decir que el doctor Miguel León-Portilla, actual director del Instituto de Investigaciones Históricas, ha dedicado su actividad académica a redescubrir la cultura náhuatl, es decir muy poco, a menos que se aclare suficientemente el término "redescubrir". En efecto, aplicado en este caso, el redescubrimiento no debe entenderse como el sacar a luz, publicar, anotar, traducir y, en fin, difundir y hacer asequibles los textos que como testimonio de la cultura náhuatl existen; quiero decir: no debe entenderse como sólo eso. Si así fuera, la obra de León-Portilla quedaría como una más dentro de la serie de quienes —algunos de ellos precursores, otros insignes por diversos motivos— se han ocupado en establecer y editar aquellos textos, desde Vigil y Peñafiel, pasando por Brinton y Seler, hasta Garibay o aún los más jóvenes como López Austin, y no sé hasta qué punto fuera, a pesar de su actividad como "promotor", una de las mayores en este sentido. El redescubrimiento que hace León-Portilla debe entenderse en otro sentido, que es el que le da justamente singularidad: el de re-entender aquella cultura, a partir de los textos, el de re-pensarla desde la particular circunstancia de un hombre formado en la filosofía occidental, y replantearla para nosotros, hombres al fin y al cabo occidentales del siglo **xx**. Se trata, pues, de un redescubrimiento que implica de algún modo una reinvención de la cultura.

A veces se oye decir por ahí, más o menos veladamente, que León-Portilla inventa los textos que traduce del náhuatl. Y esto seguramente es cierto en alguna medida: en la medida en que toda verdadera traducción no traslada palabras, sino traslada sentidos, y por lo tanto implica una comprensión de, precisamente, un sentido primero que sustanta cada expresión. Sí, pues, hay invención en cierto modo cuando se traduce de, v. gr., el francés al español, cuando uno y otro son modalidades culturales tan cercanas e idiomas muy vecinos, tanto más debe haber cuando se traduce del náhuatl a nuestro idioma, que se sustentan en modalidades culturales tan infinitamente distintas (y no en balde decimos "idioma", esto es, lo propio: que ya cada lengua implica una cultura). Aunque no haya violencia al texto en sentido estricto, seguramente la hay en un sentido más lato, supuesto que esa violencia es nuestra única posibilidad de comprensión. Frente a un texto no puede no pasar lo que frente a una mujer: que para comprenderla realmente y para hacerla nuestra tenemos que violarla. Podemos suponer que un comercio

asiduo y continuado con los textos nahuas podrá un día llegar a su relativa estabilización, como con los textos griegos ha sucedido, pero no resta eso valor a las aproximaciones a las que ahora se llega, por personales que puedan a alguno parecer. En el caso de León-Portilla lo importante es que ha establecido a lo largo de sus trabajos, sobre todo y especialmente a partir de *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, una tabla de valores que implican una comprensión general de la cultura, y que sus traducciones e interpretaciones son consecuentes —hasta donde esto es posible— con ella.

En el libro que nos ocupa ahora hay que distinguir dos cosas: la investigación que llegó a la identificación de los trece poetas (número que depende en parte de los trabajos mismos que pudo llevar adelante el autor, y que por otra parte contiene una significación simbólica para el pensamiento náhuatl), y la interpretación que hace de la o las obras que de cada uno presenta, y de la personalidad de cada uno. Respecto a cada poeta hay una primera parte donde se asientan los datos biográficos, al final los textos en náhuatl y en traducción al castellano y en medio la parte que trata de establecer la personalidad del individuo a partir de los datos conocidos de su vida y de los textos que han llegado a nosotros. Esta parte es seguramente la más interesante, y para lograrla León-Portilla se vale de todos sus recursos como conocedor de la cultura náhuatl, y consigue las más de las veces darnos realmente la visión de una personalidad definida del poeta.

Si se puede plantear un problema fundamental respecto a *Trece poetas*, éste es ciertamente el que se refiere a, justo, la idea de individualidad. No cabe duda que esta idea, como la entendemos nosotros, es el resultado de un proceso que la ha ido acuñando y acotando en el mundo occidental hasta establecer su sentido actual. León-Portilla se propone como tarea individualizar a algunos creadores del mundo azteca, pero a uno no deja de asaltarle la duda de hasta dónde nuestra categoría de “individualidad” es aplicable a aquel mundo; hasta dónde podemos aceptar esa poesía como lírica, hasta dónde como salmodia, hasta dónde como ejercicio retórico (y téngase presente que eso no tiene que ver con su belleza). No quita esto, sin embargo, que presentar a los creadores como personalidades definidas individualmente en nuestros términos sea, como hemos dicho, una posibilidad de entenderlos.

Trece poetas del mundo azteca termina con un “post-scriptum a manera de invitación” que es una profesión de fe del autor sobre la posibilidad y la conveniencia de proseguir en la tarea individualizadora de personalidades artísticas. Una biblio-

grafía de fuentes y de obras, y un índice analítico, acaban de dar al libro su carácter académico.

En fin, una referencia a la corrección y aun elegancia con que las breves páginas están escritas —en un español casi permeado de los conceptos y las ideas prehispánicas— es indispensable en esta reseña.

Este es, pues, el último libro de Miguel León-Portilla, que constituye una aportación muy valiosa al conocimiento de la cultura náhuatl por la vía que él ha emprendido.

Jorge Alberto MANRIQUE
El Colegio de México

Alfonso ALCALÁ ALVARADO: *Una pugna diplomática ante la Santa Sede. El restablecimiento del episcopado en México, 1825-1831*. México, Editorial Porrúa, S. A., 1967. 398 pp.

Una de las zonas históricas de nuestro país menos populares para los colegas ha sido la historia diplomática, sin embargo de que estemos convencidos que muchos de los problemas con que nos enfrentamos proceden de esa zona, desgraciadamente casi abandonada por los investigadores. Es abrumadora la comparación de libros extranjeros que tratan de nuestra historia diplomática con los producidos por nuestros historiadores. Por tanto, sólo beneplácito podemos sentir al ver que aparecen nuevos esfuerzos en este sentido.

El tema tratado por el autor, que fue explorado en varios artículos en la revista tapatía *Estudios Históricos* núms. 4, 5, 6 por la pluma de Luis Medina Ascencio, ha sido de preocupación para quienes se han interesado tanto por la historia de la Iglesia en México como para quienes tuvieron que ver con la historia externa de la Nación. El problema que se desarrolla en este volumen es uno de los más importantes del inicio de nuestra vida nacional, pues ponía en juego problemas de sensibilidad nacional política, y también de sensibilidad individual puesto que envolvía la posible religiosidad, tanto de los gobiernos como de los individuos.

El libro se sustenta en la tesis que el autor presentó en la Universidad Gregoriana y que aprovecha en la publicación presente. El rigor científico del estudio no deja nada que desear; se basa en la documentación directa obtenida en el Archivo General de la Nación, el de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el del Vaticano, los de las nunciaturas de Madrid, París, Florencia; los Histórico Nacional y de Relaciones Exteriores de